

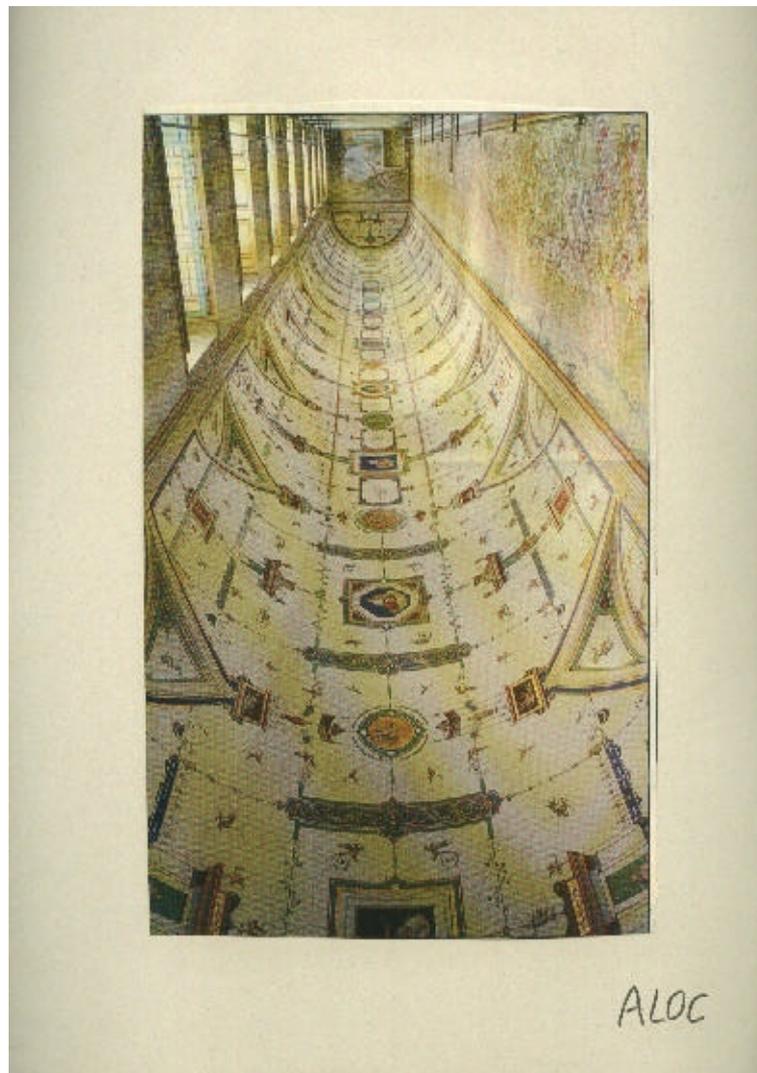


Miedos

Javier López Alós²

<<Los objetos que pueden causar temor, no son los mismos para todos los hombres sin distinción. Considerarnos como un objeto verdaderamente temible el que supera las fuerzas ordinarias de la humanidad; y el objeto digno de temor es en general, al menos para los sensatos. Pero en todo lo concerniente al hombre, hay diferencias de magnitud, diferencias de más y de menos.>>

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, III, cap. 7.



² Agradezco a Antonio José López Cruces las ilustraciones que acompañan este texto.



Un montón de aves invisibles, no una bandada, una cantidad indeterminada pero seguramente grande y dispersa, imprevisible, sobrevuela el patio de butacas y nuestras vidas que no siempre son tan cómodas. Se nos posan sobre la cabeza, sobre los hombros y los aplastan, andamos ya encogidos, sabedores de que hay algo que se llama después o mañana o futuro, pero ignorantes de qué significa de verdad. Y si podremos descubrirlo. Nos anidan dentro, quizá en el hueco del hígado devorado: pero en algún lugar quedan incubándose, esperando su estallido, un golpe que les invite a salir, nuestros miedos.

Una luz blanca. Alguien pregunta: que levante la mano quien nunca sintió miedo. Y se hace el silencio y recordamos que sí, que nosotros también. Y hay un momento de malestar, de reflexión inoportuna sobre cosas que no, que ahora no, que hemos venido al teatro, y queremos pensar en otras cosas. Ya está.

Porque la valentía sólo se da en relación a los miedos y sólo puede demostrar valor quien vence el miedo, quien supo de él y lo venció. Ya está. Mucho mejor.

1.- LA VOTACIÓN

Un despacho. El PRESIDENTE pasea por la estancia, se detiene, mira por la ventana. Comprueba lo impecable de su traje. El reloj y abajo, muy abajo, la calle. Aparece el SECRETARIO con unos papeles.

SECRETARIO.- Sr. Presidente, aquí lo tengo, acaban de llamar de Barcelona...

PRESIDENTE.- ¿Y?

SECRETARIO.- Dicen que no, que no.

PRESIDENTE.- ¿Y?

SECRETARIO.- No entiendo, señor, qué quiere decir...

PRESIDENTE.- A veces, señor Martínez, parece usted imbécil, permítame que se lo diga.

SECRETARIO.- Lo siento, señor. Es que no comprendo.

PRESIDENTE.- ¿Y? Que y qué les ha dicho usted a los de Barcelona después de que le anunciaran que votarán en mi contra.

SECRETARIO.- Nada. O sea, que me parecía un error, que usted ha sido el mejor presidente que ha tenido nunca el Consejo de Administración de esta compañía y que la cuenta de resultados...

PRESIDENTE.- Martínez



SECRETARIO.- Qué.

PRESIDENTE.- Ahora puedo afirmarlo: es usted imbécil.

SECRETARIO.- Lo siento, yo sólo hago mi trabajo lo mejor que sé. Lo hice con su padre y hasta ahora con usted. Pero no le molesto más, tendrá cosas que pensar.

PRESIDENTE.- Espere, no se me haga el digno ahora. Es usted un imbécil pero un imbécil que trabaja para mí, al menos hasta la reunión de mañana. Así que, por la cuenta que le trae también a usted, será mejor que se quede y me ayude a prepararla.

SECRETARIO.- No faltaba más, señor presidente.

Oscuro durante unos segundos.

PRESIDENTE.- ¡No, no, no! ¡Maldita sea, Martínez, no sea estúpido! ¿Cómo quiere que me presente con esta oferta a la Junta de Accionistas?

SECRETARIO.- Yo creo que sí...

PRESIDENTE.- ¡Por el amor de Dios! Es la tontería más grande que he escuchado nunca. ¿Quiere arruinarme? ¿Es eso?

Oscuro durante unos segundos.

SECRETARIO.- Señor, me he permitido la libertad de encargarse unos bocadillos y pedir que nos los suban, dadas las circunstancias y las horas.

PRESIDENTE.- Por mí puede permitirse la libertad de comérselos usted mismo, dadas las circunstancias y las horas.

SECRETARIO.- ¿No tiene usted hambre?

PRESIDENTE.- Martínez...

SECRETARIO.- Qué.

PRESIDENTE.- Que se calle.

Sin mirarle, mientras consulta unos informes. Martínez.

SECRETARIO.- Qué.

PRESIDENTE.- Saque su agenda. Busque donde tiene apuntado "Reunión del Consejo de Administración". ¿Lo tiene?

SECRETARIO.- Aquí, a las once.



PRESIDENTE.- En la línea de abajo, justo después, ¿queda hueco para apuntar algo?

SECRETARIO.- Sí, hasta “Comida con el Consejo a las 15 horas”.

PRESIDENTE.- Muy bien. Apunte: “Urgente: Recodarle al señor Presidente que me despida.” ¿Lo tiene? Gracias, Martínez, es usted muy eficiente. No olvidaré todo lo que está haciendo por mí.

Oscuro durante unos segundos.

PRESIDENTE.- A ver, repítame (*va tomando nota*): Barcelona no...

SECRETARIO.- Barcelona no, Santander no.

PRESIDENTE.- Santander no.

SECRETARIO.- Sevilla casi seguro que sí.

PRESIDENTE.- Sevilla “casi seguro”... ¿Bilbao?

SECRETARIO.- No, Bilbao no, pero Logroño sí y Zaragoza también.

PRESIDENTE.- De acuerdo.

SECRETARIO.- Pero las cuatro delegaciones gallegas y Madrid, que no.

PRESIDENTE.- Total... que no. ¿Hay alguna posibilidad? Por remota que sea, ¿usted cree que hay alguna posibilidad de que mañana a estas horas yo siga siendo...

SECRETARIO.- Para mí siempre será el Presidente.

PRESIDENTE.- ¡Váyase a la mierda!

SECRETARIO.- Trataba de animarle.

PRESIDENTE.- Y yo trato de ser preciso: váyase a la mierda. ¿Pero no se da cuenta de lo que está en juego? Mire, levántese, camine por este despacho. Estas vistas, la última planta de la torre más alta de toda...

SECRETARIO.- Yo sólo soy un empleado.

PRESIDENTE.- Es un empleado... ¡¿pero no está ciego, verdad?! ¿No se da cuenta? ¿Ve lo pequeña que parece la gente desde aquí arriba? Pues es así. En este edificio se calcula el porvenir de más de cincuenta mil insectos de éstos que trabajan para nosotros por todo el mundo. Se calcula y se decide. Y yo estoy arriba. Los puedes aplastar o hacer emigrar a otro lado, porque son tuyos y tienen que ir. Y eso es poder y está aquí en este despacho, ¿comprende?



SECRETARIO.- ¿Yo también soy un insecto? Porque no quisiera que el nuevo presidente se encontrara esto lleno de bichos. Igual prefiere preparar la reunión usted solo.

PRESIDENTE.- Venga, vamos, no sea susceptible, mi fiel Martínez. Venga, fúmeselo uno de estos cigarros conmigo.

SECRETARIO.- Las cucarachas no fumamos.

PRESIDENTE.- Pero las garrapatas sí, y usted es como una garrapata: aferrado al portafolios y a su agenda. No me mire así, es un cumplido.

SECRETARIO.- Pues no lo parece.

PRESIDENTE.- Vamos, no sea usted orgulloso, que, si salimos bien de ésta, el día menos pensado hablamos de subirle el sueldo. Pero deje de mirarme así, que me pone nervioso, y fume, por Dios. En su vida habrá fumado algo igual. Me los regaló no sé quién al venir de no sé dónde...

SECRETARIO.- En ese caso...

PRESIDENTE.- Lo sabía, cuestan una pasta.

SECRETARIO.- ...en ese caso, déme otro para fumármelo con el nuevo jefe, mañana.

PRESIDENTE.- ¿Pero qué dice? No sea impertinente, Martínez.

SECRETARIO.- No, a lo mejor no fuma o le molesta el humo o...

PRESIDENTE.- ¡Martínez! ¿De qué está hablando? ¿De qué nuevo jefe?

SECRETARIO.- Del que tendré mañana, después de la votación...

PRESIDENTE.- No diga eso ni en broma, ¿está claro? Eso no puede ser. Todo esto es mío.

SECRETARIO.- De momento.

PRESIDENTE.- Pedazo de idiota. ¿Quién le garantiza que, si yo me voy, usted vaya a quedarse, eh?

SECRETARIO.- Nadie. Yo sólo digo que, en todo caso, me quede o me despidan y me ofrezca a la competencia, mañana tendré un nuevo jefe.

PRESIDENTE.- ¿A la competencia? ¿Pero es que no tiene escrúpulos? ¿No tiene humanidad?

SECRETARIO.- Sólo soy un insecto -¿una garrapata?-, que se aferrará a su portafolios y a su agenda y se fumará un puro a su salud, señor Presidente. ¿Me da fuego?

PRESIDENTE.- ¡Sabandija! ¡Cabrón!



SECRETARIO.- Buenas noches, señor.

PRESIDENTE.- ¿Pero dónde va? ¡Venga aquí inmediatamente! No puede irse, no puede abandonarme: mañana, la reunión, los votos, el informe, Martínez... qué hago, mi fiel Martínez, le necesito, mañana, mañana, mañana.

Oscuro durante unos segundos.

El Presidente se ha quitado la chaqueta, ya no fuma. Permanece sentado en su butaca frente al escritorio, pero no trabaja. Se cubre la cara con las manos. Entra el SECRETARIO con una bandeja.

SECRETARIO.- Señor Presidente.... los bocadillos... ya están aquí... señor...

2.- LA NOCHE.

Una mujer en el salón de su casa. Habla por teléfono mientras se mueve de un sitio a otro de la habitación. Mira por las ventanas, no ve nada. Sigue moviéndose.

MUJER.- Escúcheme, agente, es la tercera vez que se lo repito... Le hablo con educación. Pero estoy oyendo ruidos raros en el jardín...

Que no, que no tengo perro ni gato ni leones ni avestruces tampoco.

Disculpe, tiene razón, estoy un poco nerviosa.

Vamos a ver, si yo supiese qué es lo que pasa no les llamaría a ustedes para que lo comprobaran... Ya sé que la policía tiene mucho trabajo y que no puede ir por ahí ocupándose de los ruiditos en los jardines, pero en esta zona está habiendo muchos asaltos últimamente. Que qué dirección. Oiga, por favor. Respéteme usted a mí también, ¿otra vez? Partida de Santa Lucía, 148-2. ¿Cómo que por dónde está eso? Insólito, de verdad.

No, pues claro que quiero que me atienda, pero comprenda que...



Bueno, acabemos cuanto antes. A ver: subiendo por el camino de la ermita vieja, ¿sabe, no? ¿Yo qué sé...? Pues la quinta, la sexta urbanización de la derecha. ¿En media hora? ¿Más o menos? ¡Manden al forense también! *Cuelga el teléfono*. Maldita sea.

Se escuchan ruidos que provienen del exterior.

¿Eh? ¿Quién es? ¿Quién va? ¿Hay alguien? *Mira el reloj*. Media hora, media hora, mierda, media hora... ¿Quién es?

Sale y regresa blandiendo un chuchillo de cocina; vuelve a salir y regresa además con una sartén en la otra mano. Tiembla. Otro ruido. Grita, se le caen los objetos. Los recoge, vuelven a caer, los recupera torpemente.

Váyase, ¿me oye? Váyase. He llamado a la policía. Va a venir enseguida. Por favor, váyase, no tengo nada, no me haga daño. Por favor...

El sonido de una rotura de cristales. La MUJER se acurruca en un rincón, agarra el teléfono y, como puede, marca el número.

¿Policía? Sí, he llamado hace un rato, Partida de Santa Lucía, 148-2, porque escuchaba ruidos extraños en mi jardín... Ya, ya sé que me han dicho que mandarían a alguien a ver qué pasaba... no, no quiero armar follón, por favor, escúcheme, estoy muy asustada... Yo no quiero hablar con el teléfono de la esperanza ni quiero hablar con nadie, quiero que vengan ya. No se ría, por favor. Acaban de romperme el cristal de una ventana... creo que da al garaje.

No, desde el garaje no se puede acceder a la casa: la puerta se rompió la semana pasada. Las demás ventanas están enrejadas.

¿Pero qué importa si tengo cosas de valor en el garaje? ¿Tranquila, que esté tranquila, que será algún gamberro? Pero, oiga, por favor, ayúdeme, ayúdeme. Oiga, ¿oiga? ¡Hija de puta!



Se oyen unos pasos. La MUJER se hace un ovillo en el rincón: teléfono, sartén y cuchillo. Suena el timbre. Unos segundos después otra vez y otra. No puede más y rompe el silencio:

¿Quién, quién es?

Vuelve a sonar el timbre. Se levanta, equivoca los objetos, rectifica y se encamina hacia la puerta con el cuchillo y la sartén en posición de ataque.

¿Quién es?

Comprueba por la mirilla mientras vuelve a sonar el timbre y abre.

¡Maldita sea! Me has dado un susto de muerte. Pasa, por favor.

Entra un HOMBRE bien abrigado.

HOMBRE.- ¿Pero qué haces con eso, qué se supone que ibas a hacer?

MUJER.- No lo sé, creí que eras un ladrón o un asesino...

HOMBRE.- Anda, suelta eso, que siempre estás con lo mismo, y dale un abrazo a tu hermano.

Deja la sartén y el cuchillo y se abrazan.

MUJER.- Oí ruidos y que rompían una ventana del garaje.

HOMBRE.- Pues yo no he visto a nadie. Habrá sido otra vez tu imaginación... Desde la muerte de mamá...

MUJER.- ¡No!

HOMBRE.- Bueno, o algún vagabundo que buscaba una manta. Ahí fuera hace mucho frío.

MUJER.- Sí, es cierto, estás congelado. Pero aquí dentro se está bien. Ya podrías quitarte el abrigo y esos guantes de gángster.



HOMBRE.- Enseguida. Pero tú abrázame fuerte, hermana, fuerte, más fuerte, más fuerte, más fuerte...

La MUJER cae silenciosamente al suelo, muerta. Oscuro.

3.- VIDA DE PERROS

Un hombre frente a una cámara de vídeo.

No lo comprendo. No entiendo cómo pueden alcanzarse tales cotas de desconsideración. Desde hace años vengo quejándome de lo mismo. Las autoridades deberían tomar medidas contundentes. Alguien debería de hacer algo o todo esto acabará por desbordarnos. Llegará el día en que ya no podremos siquiera caminar con dificultad...

Ahora, bueno, todavía puede uno avanzar; con esfuerzo, pero se puede avanzar. Es cuestión de voluntad y de una firme determinación. También influye el calzado, por supuesto, pero yo creo que, básicamente, se trata de amor propio. Una cosa así, algo de esa naturaleza, en fin, no puede detenerte. No puedes llegar tarde y descalzo de un pie a tu boda y decir, por ejemplo:

- Perdone, señor cura, pero es que, de camino a la parroquia, he pisado un excremento de perro y me he quedado pegado al suelo. Usted lo entenderá...-

No puedes decir eso porque no lo entenderá y además se reirá de ti. A mí ya me han ocurrido en más de una ocasión contratiempos parecidos. Un día se burlaron de mí cuando fui al médico y le expliqué cómo me había producido un tirón en la espalda al tratar de desclavarme de dos heces caninas. Los olorosos cepos estaban estratégicamente situados, de manera que no había escapatoria posible. Era como una especie de campo de minas sobreabonado. Pero no te creen. O te toman por loco, ¡por loco!

Hoy en todas las ciudades sucede igual. Ya no puede uno pasear tranquilo por las calles y los parques. ¿Y si no puedes escapar? ¿Qué ocurre si no logras desanudarte los zapatos o si ya te habías quedado descalzo un par de manzanas antes? ¿Y si te hundes



en el fango animal sin que te dé tiempo a reclamar auxilio, o a despedirte, o la orilla está tan lejos que nadie puede oír tus últimos gritos?

Por eso yo vivo solo con mis perros. Mis ocho mastines pirenaicos: todos con sus dos orejas como pamelas peludas y su mirada solícita y considerada. Son unos animales grandes, de boca enorme y estómago amplio. Comen constantemente. No hacen prácticamente otra cosa que comer y parecen felices. Yo ahora también lo soy con ellos, y nunca salimos a la calle, ni los perros ni yo: únicamente así tengo la certeza de morir en casa.

Ladridos y oscuro.

4.- EL ESPEJO

Ladridos, ladridos feroces. Un hombre vestido con un mono de trabajo sucio entra en escena corriendo, huye. Ladridos.

¿Por qué no me dejan en paz? ¿Por qué se empeñan? ¿Por qué? ¿Qué mal les hago yo? ¿Pero qué voy a descubrir que ya no sepa? Que es por mi bien y quieren protegerme, dicen, es su obligación. Dicen que podría ser peligroso para mí, y que luego yo podría ser peligroso para los demás y entonces yo sería un peligro y tendrían que ocuparse de mí de otra manera y protegerme más para que no hiciese daño a nadie ni a mí mismo. De lo contrario, ellos tendrían que verse obligados a hacerme daño a mí. Que es por mi bien... Es lo mejor.

Pero yo sé que mienten, yo sé que es mentira, que no estoy loco, que no soy ningún esquizofrénico ni un narcisista. Yo sé lo que está pasando. Les molesta, les da miedo que la gente tenga espejos. Dicen que no es bueno para la comunidad, que mirarse mucho ensalza el ego y nos podemos volver tan presuntuosos y tan engreídos que luego nos olvidemos de los demás, de la comunidad, y no queramos trabajar por el bien de todos. "El yo es una entelequia y lo importante es el conjunto", que es por todos. Se preocupan. El conjunto somos todos: ellos cuidan por nosotros. Se preocupan. Ésa es su obligación, ése es su sacrificio. Todos tenemos que sacrificarnos. Además dicen que un



filósofo de Grecia ya avisaba hace siglos de que los reflejos no son verdad y que no sirven o algo así, porque no son puros. Dicen que parece mentira que después de tanto tiempo haya gente que no lo sepa... varias civilizaciones de retraso. (*Ladridos.*)

Pero yo sé que todo eso es mentira. Tienen miedo de que la gente se mire en un espejo y no se reconozca y se pregunte por qué. Tienen miedo a que se den cuenta de que sus sonrisas no son más que una mueca con artrosis y de que tienen los ojos hinchados y la cara demacrada y se pregunten por qué. Pero ¡maldita sea, yo ya sé que no soy feliz! (*Ladridos.*) ¡Yo sí sé que ese montón de mierda arrugada que me mira soy yo mismo! ¡Ya sé que están acabando conmigo, que estoy envejecido y sin fuerza! Me han estado jodiendo el suficiente tiempo como para darme cuenta de qué es lo que están haciendo conmigo, qué es lo que están haciendo con nosotros. ¡Maldita sea! ¿Acaso creen que necesito verme en un espejo para saber cómo estoy, cómo me han dejado? ¿Creen que no lo siento?

Protegerme... ¡¿de qué, protegerme de qué!?, ¿de mí?, ¿de mí mismo? Oh, gracias, pero no soy yo quién me he hecho esto. No soy yo (*ladridos*) quien ha decidido prohibir los relojes porque es egoísta preocuparse de cuántas horas trabajo al día, no soy yo el que ha decidido que mi puesto de trabajo es el más adecuado para el bien de la comunidad, ni qué debo comer ni cuánto ni cuándo he de dormir. No me jodan, no he sido yo. No me protejan de mí mismo. Yo sé muy bien lo que pasa, (*ladridos, más cerca*) protéjanme de ustedes, déjenme en paz. Al diablo con la comunidad, allá ellos si no se dan cuenta o si prefieren seguir así. Al fin y al cabo, dicen que ellos les votaron. Yo no lo recuerdo. Pero de todas formas, váyanse todos al carajo y déjenme a mí en paz. Déjenme en paz. (*Ladridos y algunas voces.*) Yo sé que existo y que quiero ser libre, ¡libre! Libre para poder pensar y poder decir lo que siento, libre para poder tener los huevos suficientes para mirarme de frente en un espejo, y por detrás, y verme desnudo y comprobar cómo cuidan de nosotros y, aun así, seguir viviendo. (*Silencio.*) Quiero verme yo mismo y no esperar a que ellos me digan cómo soy y me expliquen de qué color tengo los ojos o si me estoy quedando calvo. Creo que tengo derecho... Pero, claro, eso supone pensar en mí, no estoy pensando en los demás... ¡Pues claro que pienso en los demás!, no hago otra cosa que pensar en lo que ellos sentirán, en cómo estarán viviendo todo esto. Se supone que todo va encaminado hacia los demás, pero yo no sé quiénes son los demás, no sé realmente lo que necesitan. No se nos permite hablar



entre nosotros, no podemos mirarnos a los ojos ni darnos la mano: podríamos distraernos de nuestra función. Lo común está por encima de lo personal... Para conocernos ya están ellos, ellos saben lo que necesita cada uno y se ocupan de dárnoslo. Al fin y al cabo, si hay algún problema, sólo tenemos que hablar con ellos y ellos "se ocuparán" de nosotros. (*Ladridos, más cerca, más cerca... El hombre llora en el suelo derrotado y espera.*)

5.- EL FRACASO

En una sala de espera, una MUJER, un HOMBRE y un HOMBRE CON PERIÓDICO, éste último separado de los otros dos y repartiendo su atención entre la lectura y la conversación que poco a poco le va interesando más.

MUJER.- No puede salir mal.

HOMBRE.- Porque tú lo digas.

MUJER.- Porque yo lo diga no, porque no sería justo.

HOMBRE.- Ése es tu punto de vista. Además, ¿qué tiene que ver aquí la justicia?

MUJER.- Merezco que las cosas salgan bien.

HOMBRE.- Ya vamos llegando.

MUJER.- ¿Cómo que "ya vamos llegando"? ¿Pero tú de qué lado estás?

HOMBRE.- Del mismo que tú, sólo que a veces...

MUJER.- A veces qué.

HOMBRE.- A veces las cosas no salen como queremos y hay que considerarlo.

MUJER.- Tonterías. No quiero ni pensar en eso.

HOMBRE.- Pues deberías: es una posibilidad.

MUJER.- También es una posibilidad que me dé un ataque al corazón ahora mismo (*para, comprueba*), pero, ¿ves?, no. O en cualquier momento. O que me parta un rayo, pero no me paso la vida pensando en ello.

HOMBRE.- No te equivoques, porque hay que distinguir entre posibilidades y probabilidades, que pueden llegar a ser infinitas...

MUJER.- Eres insoportable.



HOMBRE.- O, como en este caso, ser del cincuenta por ciento: éxito o...

MUJER.- Ni lo nombres.

HOMBRE.- ¿Por qué? ¿Otra superstición?

MUJER.- Qué va, no, o sea... cambiemos de conversación.

HOMBRE.- Entonces no te importará.

MUJER.- ¿Qué cosa?

HOMBRE.- Fracaso.

MUJER.- Cállate.

HOMBRE.- Fracaso, fracaso.

MUJER.- ¡Cállate!, ¿quieres?

HOMBRE.- Fracaso, fracaso, fracaso...

MUJER.- ¡Que te calles! ¡Cierra la boca de una vez! Eres despreciable. Te gusta verme sufrir.

HOMBRE.- No especialmente. Lo que me gusta es que reconozcas las cosas.

MUJER.- No tengo nada que reconocer, y menos ante ti. He dicho que no puede salir mal y no puede salir mal. Punto. Lo que digas tú me trae sin cuidado.

HOMBRE.- Como acabas de demostrar...

MUJER.- ¿Por qué no me dejas, eh?

HOMBRE.- Tranquila, si todo esto sale bien, ya no volveremos a vernos.

MUJER.- ¿Y si no?

HOMBRE.- Si no...

Suena el teléfono. Ambos disputan por contestar. Descuelga ella.

MUJER.- ¿Diga? *Escucha en silencio y cuelga. Se va sin decir nada. El HOMBRE CON PERIÓDICO aprovecha la nueva situación de intimidad con el otro interlocutor, que permanece de pie, inmóvil.*

HOMBRE CON PERIÓDICO.- Señor.

HOMBRE.- ¿Eh? Dígame, dígame...

HOMBRE CON PERIÓDICO.- Perdone la indiscreción y, si no es molestia, pero es que no he podido evitar escucharles y no soporto la curiosidad: esa dama que se acaba de marchar y usted... ¿me puede decir de qué estaban hablando?



HOMBRE.- Eso es lo de menos, el caso es que ha salido mal.



6.- LA MUERTE.

En una consulta.

ENFERMO.- ¿Cuándo?

DOCTORA.- ¿Cuándo qué? Espere un momento...

ENFERMO.- Cuándo no: cuánto.

DOCTORA.- Creo que se precipita, espera un poco.



ENFERMO.- Me parece que no estoy en condiciones de esperar demasiado, ¿no le parece?

DOCTORA.- Verá, señor Salgado. Verá Antonio...

ENFERMO.- ¿Cuánto-tiempo-me queda-de-vida?

Pausa.

DOCTORA.- Eso es difícil de... ¡Ya! No me mire así, yo no tengo la culpa.

ENFERMO.- Sólo le pido una respuesta.

DOCTORA.- Y yo sólo quiero estar segura de ser lo más delicada posible, ¿comprende?

ENFERMO.- Pues ahora mismo se está cubriendo de gloria.

DOCTORA.- Lo siento, no era mi intención alterarlo.

ENFERMO.- Oiga, ¿qué esperaba? Me acaba de decir que tengo un tumor maligno en cerebro y que ya es demasiado tarde para operar. ¿Quiere que no me altere? El mundo no es ningún quirófano, doctora, ¿comprende usted? No es ningún quirófano, y si lo es a mí me acaban de decir que no quedan bisturís. Y usted quiere que no me altere.

DOCTORA.- Perdóneme, señor Salgado, Antonio, lo siento muchísimo.

ENFERMO.- Es igual, no se preocupe. ¿Pero me va a contestar a mi pregunta o no?

DOCTORA.- Su pregunta. Claro, cuánto.

ENFERMO.- Cuánta esperanza de vida... cuánto cree que falta para que... en fin...

DOCTORA.- Es lo que trataba de decirle antes: no es tan fácil de saber.

ENFERMO.- Doctora, por favor, no empecemos otra vez.

DOCTORA.- No, escúcheme, señor... Antonio, escúcheme, Antonio: hablándole con franqueza, mi pronóstico –y he consultado con otros colegas y están de acuerdo- no rebasa el plazo de tres, tal vez cuatro semanas.

ENFERMO.- Tres semanas.

DOCTORA.- Tres o cuatro.

ENFERMO.- Veinte días.

DOCTORA.- Más o menos. Sé que todo esto es muy duro, Antonio, lo hemos detectado tarde. Ojalá que...

ENFERMO.- Veinte días... ¿lo ve? No era tan difícil, es lo único que necesitaba saber. Muchas gracias.



DOCTORA.- No se vaya aún, espere un momento.

ENFERMO.- ¿A qué?

DOCTORA.- Hay detalles de la enfermedad, del proceso, que tal vez...

ENFERMO.- No, no, no quiero saber nada más. Quiero ir a mi casa.

DOCTORA.- No pretendo atosigarlo, Antonio, pero tenga en cuenta que...

ENFERMO.- No, perdone, tenga en cuenta usted esto: me quedan veinte días de vida, tal vez menos. No me interesa conocer en qué momento los ligeros mareos se volverán constantes, ni si me quedaré ciego antes o después del cumpleaños de mi hija, o el tiempo que pueda pasar entre que pierda la conciencia y la parada cardiaca. Prefiero no saberlo. No, no quiero.

DOCTORA.- Antonio, tenemos que ingresarlo inmediatamente. Aquí podemos aliviarle algo el sufrimiento.

ENFERMO.- No.

DOCTORA.- Los dolores, los vómitos... una fase terminal sin cuidados paliativos es mucho más dura.

ENFERMO.- ¿Y aquí no? ¿Aquí no lo sería? De todas formas, qué más da.

DOCTORA.- A usted puede –no creo, pero puede- que le dé igual. Pero a su familia...

ENFERMO.- ¿Mi familia? ¿Qué le pasa a mi familia?

DOCTORA.- Pues que su familia estará mejor si permanece usted aquí.

ENFERMO.- ¿Y usted qué sabe? Además... yo no tengo familia.

DOCTORA.- ¿Qué dice?

ENFERMO.- Que yo no tengo familia.

DOCTORA.- Pero en su ficha dice que...

ENFERMO.- Es mentira.

DOCTORA.- Y usted acaba de hablarme de su hija.

ENFERMO.- De su cumpleaños. Me gustaría ir. Pero no tengo ninguna hija, es mentira, así que tampoco hay cumpleaños. Es mentira. Mentira. Todo es mentira. Estoy solo y me voy a morir. Y no me quiero morir en un hospital. ¿Está claro? No me quiero morir.

DOCTORA.- Me temo que en eso ya no podemos ayudarle, pero insisto en que debería ingresar.

ENFERMO.- No lo entiende, es igual. No tengo tiempo. Adiós, doctora.

DOCTORA.- Antonio, llámeme si necesita alguna cosa.



ENFERMO.- “Alguna cosa.”

DOCTORA.- No me mire así, Antonio: yo no tengo la culpa.

ENFERMO.- Entonces será que la tengo yo... (*Sale.*)



7.- EL ÉXITO

El actor PROTAGONISTA de una importante producción teatral y su asistente. La gran noche del estreno.

PROTAGONISTA.- Anda, ayúdame a abrocharme esto.

Aprieta, aprieta si miedo... pero no tanto, que me vas a ahogar. Así, bien. ¿Qué tal?

ASISTENTE.- Por mí ya está. Pero hay que repasar un poco el maquillaje. Le hace un poco de brillo.

PROTAGONISTA.- El calor. Dale, dale. ¿Cómo vamos de tiempo? ¿Vamos bien de tiempo?

ASISTENTE.- Un cuarto de hora todavía, si no hay retraso.

PROTAGONISTA.- Espero que no haya, no me gusta, es un estreno.

ASISTENTE.- Su gran estreno. Ya está. ¿Mejor?

PROTAGONISTA.- Muchas gracias.

ASISTENTE.- ¿Necesita alguna cosa más?

PROTAGONISTA.- ¿Me puedes poner un vaso de agua?

ASISTENTE.- ¿Otro? Si fuese vino no podría usted salir a escena, menuda esponja.

PROTAGONISTA.- Es el calor. ¿Qué hora es?

ASISTENTE.- Casi la misma que hace un minuto.

PROTAGONISTA.- Disculpa, no me gusta esperar.

ASISTENTE.- ¿Está usted nervioso?

PROTAGONISTA.- ¿Yo? ¿Qué dices? Llevo meses preparando este proyecto: todo controlado.

ASISTENTE.- Porque, si quiere, le dejo solo y así se relaja...

PROTAGONISTA.- No necesito relajarme porque no estoy nervioso.

ASISTENTE.- De todas formas, ¿quiere que me vaya o prefiere que me quede?

PROTAGONISTA.- Pues no sé, me da igual, como tú quieras... cuánto...

ASISTENTE.- Diez minutos.

PROTAGONISTA.- Haz lo que te apetezca.



ASISTENTE.- Me quedo con usted por si necesita algo, la hora o más agua. ¿Quiere que repasemos el texto?

PROTAGONISTA.- ¿El texto?

ASISTENTE.- El texto, el libreto. Yo hice una vez teatro en el instituto y me quedé en blanco delante de todos. Ya no quise volver a salir. Qué experiencia.

PROTAGONISTA.- Vaya, lo siento.

ASISTENTE.- No crea, actuaba muy mal. ¿A usted no le ha pasado nunca?

PROTAGONISTA.- (*Riendo.*) ¿Actuar mal?

ASISTENTE.- No, quedarse en blanco.

PROTAGONISTA.- No, eso no.

ASISTENTE.- Pues para que no le pase hoy, ¿reparamos?

PROTAGONISTA.- No, gracias, no creo que sea necesario.

ASISTENTE.- Como quiera.

PROTAGONISTA.- Déjame solo un momento, ¿vale?

ASISTENTE.- No faltaba más. Estaré ahí fuera por si me necesita.

PROTAGONISTA.- Gracias.

El ASISTENTE sale y el PROTAGONISTA toma el libreto y busca nerviosamente un fragmento determinado. Lee un poco, duda y se decide:

PROTAGONISTA.- Oye, por favor, vuelve un momento.

ASISTENTE.- Dígame.

PROTAGONISTA.- A partir de aquí, empieza tú. Aquí, venga, no pierdas tiempo, dale.

- ¿Me puedes explicar qué te pasa?
- Te lo puedo explicar, pero no sé si tú lo puedes entender.
- Pues dame la oportunidad de comprobarlo. Pareces asustado.
- ¿Qué quieres que te diga?
- La verdad: creo que temes al fracaso.
- Eso es una simpleza. El miedo al fracaso es una vulgaridad. Yo no puedo tener miedo al fracaso porque la fuerza de la costumbre me lo impide.
- No te entiendo.



- Ya te lo advertí. Digo que el que vive en el fracaso no puede tenerle miedo al fracaso, uno teme básicamente aquello que no conoce...
- ¿Entonces?
- Que el miedo real es el miedo al éxito. Que un tipo como yo diga que tiene miedo al fracaso... eso es una pedantería. El miedo es al éxito, que no tienes ni idea de cómo es ni de qué color.

Se oye el aviso desde el exterior: <<Señoras y señores, quedan cinco minutos para que dé comienzo la representación.>>

ASISTENTE.- ¿Se encuentra bien?

PROTAGONISTA.- No es nada, no te preocupes. Ya sólo quedan cinco minutos.

ASISTENTE.- ¿Quiere un poco de agua?

PROTAGONISTA.- Hace calor, dame agua, sí, por favor. Gracias. ¿Por dónde íbamos?

ASISTENTE.- No hace falta que sigamos, descanse un poco, le daré un poco de aire.

PROTAGONISTA.- Te digo que estoy bien. Deja, deja, ya me abanico yo.

ASISTENTE.- No quisiera que se marease o algo, ésta es su gran noche.

PROTAGONISTA.- Ésta es la oportunidad de mi vida, no puedo fallar. O sea, que no fallaré. Estate seguro. Y ahora sigamos. ¿Por dónde íbamos?

ASISTENTE.- “El miedo al éxito, que no tienes ni idea de cómo es, ni de qué color...”

- ...ni de qué color o cómo huele.
- Dicen que los perros huelen el miedo, pero no he oído nunca que tenga color.
- Pero seguramente lo tiene. Debe de ser como un película adherida a la piel, como un pigmento que ya no sabes distinguir.
- Todo esto no son más que excusas, excusas para no salir de aquí.

Se oye el aviso desde el exterior: <<Señoras y señores, quedan dos minutos para que dé comienzo la representación.>> El ASISTENTE hace ademán de concluir el repaso, pero el PROTAGONISTA lo interrumpe:



- Tú no sabes nada. No necesito excusas para esconderme. No hay que inventar, el miedo es lo real, aunque la amenaza no lo sea. Aquí estoy seguro. Pero saldré de todas formas porque no tengo más remedio.
- No tendrás valor, eres un cobarde.
- Piensa lo que quieras, pero saldré pudiendo quedarme aquí toda la noche, para siempre, llorando por lo que pudo ser, seguro, a salvo en el fracaso. Saldré y me expondré al éxito, a que las cosas salgan bien, a no necesitar excusas. Es un riesgo grande renunciar a las excusas, pero eso tampoco lo puedes entender...
- ¡Muy bien, pues sal, sal ya, camina, habla, di, el tiempo está cumplido!

Se oye el aviso desde el exterior: <<Señoras y señores, la representación va a comenzar.>>

- Ya voy, afuera el mundo, el éxito, la amenaza de un día feliz. Lo incomprendible.
- Anda.

Cambio de luces, todo queda en penumbra menos el recorrido del PROTAGONISTA, que avanza hasta el proscenio en silencio. Trata de hablar y no puede. Sufre. La voz del ASISTENTE, desde la oscuridad, reproduce la acotación:

<<El HOMBRE sale al mundo, observa, busca las palabras, pide las palabras, imagina las palabras con que conjurar el miedo y reconciliarse con la vida. Pero hay sólo silencio, silencio y miedo. Y soledad y tal vez alguna lágrima. Oscuro.>>

8.- TODOS LOCOS.

MUJER.- ¡Luz, rápido, luz!

UNO.- Ya va, ya, ¿qué te pasa?

MUJER.- Luz.

UNO.- Ya hay luz, tranquila. ¿Qué pasa?



MUJER.- Creo que hay un bicho... por ahí... suelto...

¡No, no mires ahí!

UNO.- ¿Pero por qué?

MUJER.- Por si lo asustas y sale.

UNO.- ¿Ésa es la idea, no?

MUJER.- ¡No! ¡Que no! ¡Déjalo!

Entra DOS.

DOS.- ¿Y este follón, qué pasa?

UNO.- Dice que cree que ha visto un bicho...

DOS.- Ah.

MUJER.- Vosotros no lo entendéis.

UNO.- ...y yo trato de encontrarlo, para matarlo, pero ella no quiere que lo encuentre porque para encontrar algo primero hay verlo... o tocarlo...

MUJER.- No seas idiota.

DOS.- ¿Entonces qué es lo que quiere?

UNO.- Eso, ¿qué es lo que quieres?

MUJER.- Que se vaya. Él solo. Pero no quiero verlo.

DOS.- Pues apaguemos la luz.

MUJER.- Ni hablar, vete a saber dónde podría esconderse.

UNO.- Pues tápate los ojos mientras yo lo cazo.

MUJER.- Estate quieto, he dicho. No me fío de vosotros. ¿Quién me dice que no me engaños?

DOS.- Yo, te lo digo yo.

UNO.- Y yo, yo también te lo puedo decir.

MUJER.- No. No confío en vosotros.

UNO.- Pues tú dirás qué quieres que hagamos.

MUJER.- Ya sé: tiraremos las paredes.

UNO.- ¿Cómo?

MUJER.- Echamos los tabiques abajo para que el bicho pueda salir...

DOS.- ...O entrar.



MUJER.- No, si no hay muros no hay lugar en el que entrar, ¿comprendes? Es un espacio abierto.

DOS.- Lo siento, pero no es posible Tengo agorafobia, desde que era pequeño. Siempre os he dicho que era fobia social, porque me daba menos vergüenza, pero en realidad es agorafobia. Sobre todo en el mar o cuando llueve.

UNO.- ¿Así que estamos todos locos?

MUJER.- Mirad, si no queréis ayudarme, me lo decís y ya está.

UNO y DOS.- Mujer, no es eso...

MUJER.- ¿Entonces qué es?

El bicho, creo que está ahí: hagamos una tapia y aislémoslo para que no pueda salir y así tú estás tranquilo y no te pasa nada.

DOS.- Bueno.

UNO.- Un momento, hay un problema.

M- ¿Qué pasa, qué problema?

UNO.- Que yo tengo claustrofobia.

MUJER.- ¿Tú? ¿Desde cuándo?

UNO.- Pues desde esta tarde.

DOS.- Qué contratiempo.

MUJER.- ¿No lo dirás para hacerme sufrir?

DOS.- ¿O para hacerte sufrir a ti?

UNO.- ¿A mí? Estoy loco, pero no soy imbécil.

No, de verdad, es que lo estoy viendo venir: una claustrofobia para estar encerrado en un sitio muy grande, muy abierto y sin vallas...

DOS.- No, no...

UNO.- ...pero encerrado.

DOS.- Vale.

UNO.- Así que me voy a tener que ir.

MUJER.- ¿Irte?

DOS.- Pues casi yo también: te acompaño.

MUJER.- ¿Y me dejáis aquí, sola, con el miedo que le tengo a estar sola?

UNO.- Bueno, te dejamos con el bicho.

DOS.- El bicho...



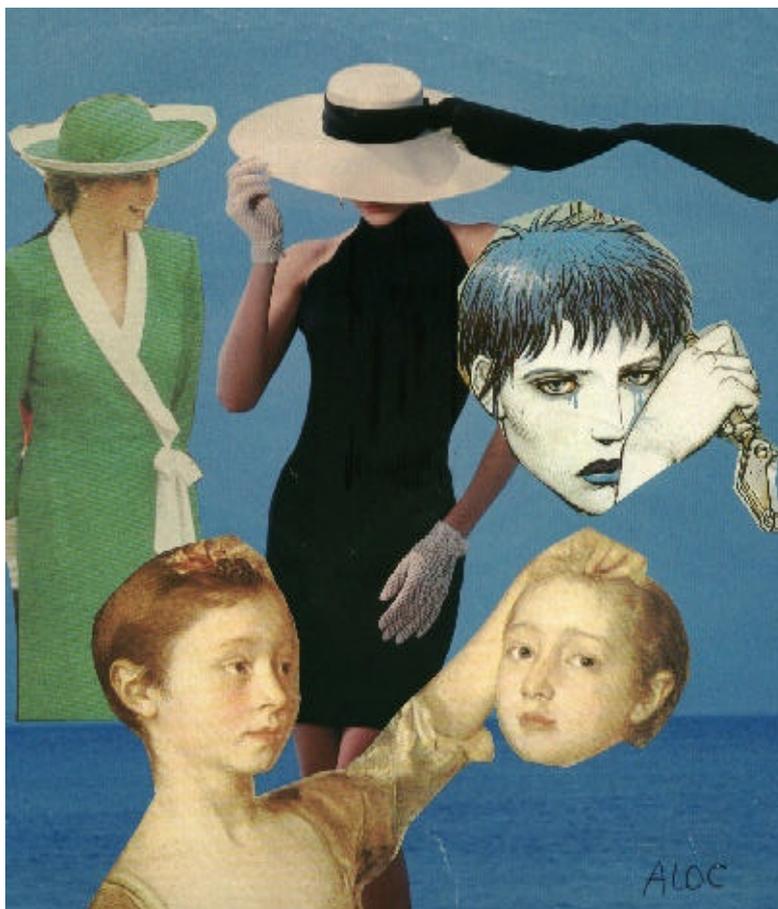
MUJER.- Claro, el bicho que creo que he visto. Lo malo es que ni siquiera sé si está o me lo he imaginado. Lo tengo que pensar bien: porque si no está, estoy sola y tengo miedo; y si está, está y entonces tengo miedo. Lo tengo que pensar bien, luego lo pienso, tengo que pensarlo...

Mientras salen, las últimas palabras de ella se convierten en un soliloquio finalmente imperceptible.

DOS.- (A UNO) Fíjate, hay gente con suerte.

UNO.- ¿Por qué lo dices?

DOS.- Porque hay quien todavía tiene la suerte de escoger entre dos miedos.



9.- QUIÉNES SOMOS.



Andan las gentes y se miran sin querer verse, sólo lo justo para no tocarse en los tiempos en los que cada roce es la promesa de otra herida. Los cuerpos no valen nada.

UNO.- ¿Quién eres?

DOS.- ¿Quién?

UNO.- ¿Quién eres, tú, quién eres?

DOS.- No sé, uno... como tú.

UNO.- ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

DOS.- Nada, o sea, nadie-coma-nada. Ando y ya está.

UNO.- No me fío de ti.

DOS.- Haces bien, no me conoces.

UNO.- ¿Y si te conociera?

DOS.- No lo sé.

UNO.- Pues dime quién eres.

DOS.- ¿Otra vez? Ya te he dicho que no soy nadie, que ando y ya está.

UNO.- ¿Sin más?

DOS.- Sin más. Es lo que me gusta de andar, que no necesitas grandes motivos, no es como correr, que necesitas que haya un incendio, que te guste sudar o que te persigan.

UNO.- ¿Que te persigan? ¿Por qué has dicho eso?

DOS.- ¿El qué?

UNO.- ¿Persigues a alguien?

DOS.- ¿Quién yo? No, qué va.

UNO.- ¿Me persigues a mí?

DOS.- No, de verdad.

UNO.- ¿Cómo puedo estar seguro? ¿Cómo puedo estar seguro de que no me persigues?

DOS.- Porque ya te he alcanzado. *(Saca una pistola y le apunta.)*

UNO.- ¿Qué haces? Quiero decir: ¿qué vas a hacer?

DOS.- Voy a matarte, de un tiro, de dos o de tres, depende de las circunstancias, de tu organismo... No sé cómo funciona, nunca he matado a nadie.

UNO.- Un momento, un momento...

DOS.- No te preocupes, será un momento, casi ni te darás cuenta, eso sí lo sé.

UNO.- ¿Pero por qué? ¿Yo qué te he hecho? No te conozco.



DOS.- No, o sea, porque sí-coma-no, no me has hecho nada, no es nada personal.

UNO.- ¿Entonces? ¿Quieres dinero?

DOS.- Es un juego, una prueba... y te a tocado a ti.

UNO.- ¿Un juego? ¿Me vas a matar por un juego? Tú sí que estás mal de la cabeza... Sabía que eras un tío raro, que eras peligroso, desde que te vi merodeando, igual que toda esa gente...

DOS.- ¿Qué gente, de qué hablas?

UNO.- De ésa que está por todas partes, en los autobuses, en las calles, en las tiendas, con sus caras raras, sospechosas, esperando el descuido. ¿Son compinches tuyos? No, no hace falta que lo niegues. Y ahora yo me he despistado por una vez y aquí estoy...

DOS.- ...a punto de morir...

UNO.- ...a punto de morir, eso es, pero me lo merezco, por bajar la guardia. Pero a ti también te pasará, no te preocupes: este mundo no es de fiar.

DOS.- Ponte de rodillas, ahí, un poco más atrás, ahí.

UNO.- Una cosa sólo.

DOS.- O dos o tres, depende de tu cuerpo, ya te lo he dicho.

UNO.- En concreto tú, ¿por qué lo haces?

DOS.- Por el juego.

UNO.- No, ¿por qué el juego?

DOS.- Porque me aburro.

(Retrocede unos pasos, le apunta a la cabeza y suena el disparo. No pasa nada más.

UNO permanece de rodillas inmóvil sin entender qué ocurre, DOS baja el arma pero continúa en el mismo lugar observándolo.)

UNO.- ¿Qué ha pasado?

DOS.- Que te he disparado... a la cabeza.

UNO.- ¿Y por qué no me he muerto?

DOS.- Porque la pistola no tenía balas de verdad.

UNO.- ¿Y por qué me has hecho esto?

DOS.- No lo sé. Porque me aburro, supongo. *(Y sale.)*



10.- MIEDOS.

Monólogo a tres o más bandas porque el miedo, que ocupa tantos espacios, también debe de estar encerrado en alguna forma de la geometría.

Monólogo coral porque aunque no nos oigamos, aunque gritemos solos, lo cierto es que no somos los únicos que gritamos.

Miedos, miedos, miedos...

¿Y qué es el miedo? ¿Qué es eso que desde nuestro llanto primero nos paraliza y mueve y que en realidad sólo sé, sólo sospecho, que es plural?

Miedos, que se multiplican.

Miedos, yuxtapuestos los unos a los otros.

Miedos, acumulados, soportados en los contrafuertes de los años.

¿Pero qué cosa es el miedo? Si pienso en mi vida, en las cosas que hice, en las que preferí no hacer... ¿hasta qué punto no es la respuesta a un miedo quien determina una ilusión de libertad? En la noche cerrada, ¿el camino más corto pero más oscuro o el más largo y de mayor seguridad? ¿Pero no es menos miedo el de llegar tarde a todas partes? Vivir con prisas, a todo trance, apurar hasta las heces el dolor y los placeres por si acaso se terminan sin que nos demos cuenta, sin lugar a arrepentirnos.

El miedo es un granero sellado lleno de preguntas. Y dentro, preguntar por sí mismo recuerda al grano que se pudre, como la vida que no llega a completarse. Eso puede decirse del miedo: el bloqueo de un impulso y de otro y de otro... y al final el estallido, porque la vida es fuerza y no se detiene y ha de saltar hacia algún lado, aunque sea, qué mejor lugar, el reposo de los miedos, el tranquilo estanque del *ya no hay remedio* donde flota dorándose al sol todo lo que no es pero pudo haber sido.